

EL HUESPED MOLESTO



-Intenté abrir la portilla, y comprobé que estaba firmemente apretada. Se marchó Robert, y me acosté. Pero no tenían sueño, y desde la litera estuve contemplando la luna a través de la portilla. Y así permanecí durante una hora. Cuando ya me estaba entrando sueño, me dio en la cara una bocanada de aire frío y unan rociada de agua de mar. ¡La portilla estaba abierta otra vez, y trabada para que no se pudiese cerrar!



Me levanté, crucé la habitación y me acerqué a examinarla. Oí moverse algo detrás de mí, en la litera de arriba. Me volví, aunque no se veía nada en la oscuridad. Oí un gemido muy débil. ¿Había alguien allí? Crucé corriendo la habitación, aparté de una manotada las cortinas, y palpé con las manos. ¡Allí había alguien!

De detrás de las cortinas salió una bocanada de aire cargado de un olor espantoso a agua de mar estancada. Agarré algo que tenía forma de brazo humano, aunque lo noté mojado y frío como el hielo. Al tirar de él, la criatura se abalanzó violentamente sobre mí. Era una masa pegajosa, fangosa, pesada y húmeda, pero dotada de una fuerza terrible. Me eché a un lado. Un instante después se abrió la puerta y aquel ser salió corriendo.

Eché a correr tras él, pero lo perdí al dar la vuelta a una esquina. Asustado, regresé a mi camarote. Dentro reinaba un intenso olor a agua de mar estancada. Examiné la litera de arriba esperando encontrarla empapada, pero estaba seca como la boca de un horno.



La portilla continuaba abierta.

La cerré con fuerza y torcí las tuercas de latón que la sujetaban. Ahora sería imposible volverla a abrir. Permanecí despierto toda la noche, pensando en lo ocurrido.

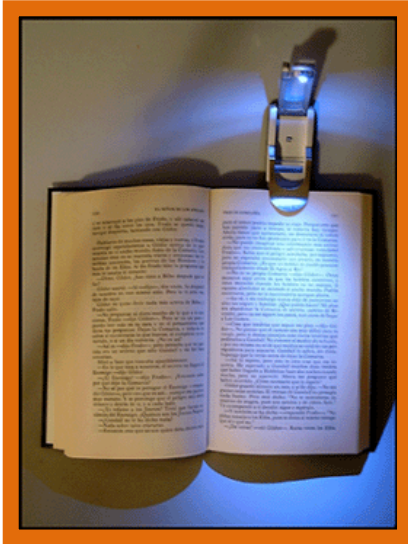
Amaneció por fin, y salí a cubierta a respirar aire fresco y a despejarme. El capitán está allí. Le expliqué lo sucedido por la noche. Le dije que había pasado más miedo que nunca en mi vida.

-Escuché-dijo-, vamos a hacer una cosa: voy a ir con usted a compartir su camarote, a ver qué pasa. Creo que entre los dos podremos aclarar este momento.

Ese mismo día, avanzaba la noche, volvimos al camarote el capitán y yo. Vino el carpintero de a bordo y condenó la portilla. A continuación registramos minuciosamente todos los rincones. Una vez satisfechos, nos encerramos en el camarote el capitán y yo. El capitán se sentó junto a la puerta, y yo en la litera de abajo.

- El primero que se arrojó por la borda fue un pasajero que estaba loco- explicó el capitán-. Sus amigos no sabían que había embarcado. En el viaje siguiente...¿Qué estaba usted mirando?

Mis ojos estaban fijos en la portilla. Las palomillas de latón estaban empezando a girar muy despacio. Al descubrir lo que yo miraba, el capitán se quedó pasmado también.



-¡Se están moviendo solas! – dijo en voz baja.

En ese preciso momento se apagó la linterna de lectura que yo tenía sobre la litera. Aún entraba luz por la ventana del vestíbulo. Me di la vuelta para arreglar la linterna, y el capitán se puso en pie de un salto, profiriendo un grito de sorpresa.

Me volví rápidamente. Estaba luchando con todas sus fuerzas con la portilla que había empezado a moverse. Acudí en su ayuda. Se abrió de golpe, y nos arrojó a los dos al suelo.

-¡En esta litera hay alguien! – exclamó el capitán con asombro.

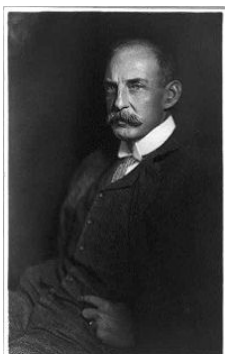
Salté sobre ella. Había allí algo indeciblemente espantoso. Era como el cuerpo de una persona ahogada hacía mucho tiempo, aunque se movía y tenía la fuerza de diez hombres.

Agarré con todas sus fuerzas aquel ser legamoso, escurridizo, horrible. Entonces clavó en mí sus ojos blancos y muertos. Hedía a agua de mar corrompida, y el cabello reluciente le caía en rizos mojados sobre su cara muerta. Empezaba a dominarse. Me rodeó el cuello con sus brazos cadavéricos; me retorcí hasta que logré desembarazarme con un grito. La criatura saltó por encima de mí y se precipitó sobre el capitán. Éste cayó al suelo horrorizado y aturdido. El ser se quedó en suspenso un instante, y a continuación desapareció por la portilla.



Bueno ¿queréis saber más? Pues no hay nada más. Fue el carpintero de a bordo y clavó la puerta del camarote.

Si alguna vez hacéis un viaje en el Kamchatka, preguntad por el camarote 105. Veréis como os dicen que está ocupado. Y en efecto, lo está... por ese muerto viviente.



Francis Marion Crawford, La litera superior.